

SÉPTIMA CATEQUESIS

LA CULTURA DE LA ALEGRÍA

“CUANDO LO VIERON, QUEDARON SORPRENDIDOS” (LC 2,48)

Virgen y Madre María, tú que, movida por el Espíritu,
 acogiste al Verbo de la vida en la profundidad de tu humilde fe,
 totalmente entregada al Eterno, ayúdanos a decir nuestro «sí»
 ante la urgencia, más imperiosa que nunca,
 de hacer resonar la Buena Noticia de Jesús.
 Tú, llena de la presencia de Cristo,
 llevaste la alegría a Juan el Bautista,
 haciéndolo exultar en el seno de su madre.
 Tú, estremecida de gozo,
 cantaste las maravillas del Señor.
 Tú, que estuviste plantada ante la cruz
 con una fe inquebrantable
 y recibiste el alegre consuelo de la resurrección,
 recogiste a los discípulos en la espera del Espíritu
 para que naciera la Iglesia evangelizadora.
 Consíguenos ahora un nuevo ardor de resucitados
 para llevar a todos el Evangelio de la vida que vence a la muerte.
 Danos la santa audacia de buscar nuevos caminos
 para que llegue a todos
 el don de la belleza que no se apaga.
 Tú, Virgen de la escucha y la contemplación,
 madre del amor, esposa de las bodas eternas,
 intercede por la Iglesia, de la cual eres el icono purísimo,
 para que ella nunca se encierre ni se detenga
 en su pasión por instaurar el Reino.
 Estrella de la nueva evangelización,
 ayúdanos a resplandecer en el testimonio de la comunión,
 del servicio, de la fe ardiente y generosa,
 de la justicia y el amor a los pobres,
 para que la alegría del Evangelio
 llegue hasta los confines de la tierra
 y ninguna periferia se prive de su luz.
 Madre del Evangelio viviente,
 manantial de alegría para los pequeños,
 ruega por nosotros.

Amén. Aleluya.

(Papa Francisco, *Evangelium gaudium* 24 noviembre 2013)

La alegría es a menudo entendida como la coronación de los propios deseos, de los planes, de lo que más nos importa, como si fuera obvio saber lo que realmente da felicidad a la existencia humana. La cultura actual, con el poder de los medios de comunicación, logra inculcar en la mente y en el corazón de toda la raza humana un modelo de alegría que parece ser válido para todos los seres humanos de cualquier país, tradición y etnia. Un ejemplo emblemático de nuestros días es el teléfono móvil: no hay ninguna persona que no lo posea hoy en día; y los que aún no lo tienen están deseando tenerlo lo antes posible. En otras palabras, de una manera más bien sutil pero muy eficaz, se proyecta un modelo de hombre que, si quiere gozar y estar plenamente integrado en las relaciones sociales con los demás, no puede prescindir de este aparato tecnológico. Pero ¿es verdad que el hombre sabe bien lo que le hace verdaderamente feliz? ¿Es posible que para alcanzar la felicidad uno tenga que combatir y luchar duro para lograr un modelo de vida que, al final, sólo unas pocas personas en el mundo pueden obtener? Una vez más, el icono evangélico escogido como referencia para esta catequesis nos ilumina para dirigir nuestro camino hacia la verdadera alegría. La primera reacción emocional que el evangelista Lucas cuenta de María y José, en el momento en que encuentran a Jesús sentado en el templo hablando con los maestros, es la del asombro, y no la de la angustia o la ira u otros sentimientos negativos, que también se justifican por haber sentido el temor de perderlo. El Niño que María llevó en su vientre durante nueve meses y que José llevó a Egipto para salvarlo de las manos del rey Herodes, ahora realiza algo inesperado y sorprendente para ellos. Esta profunda maravilla infunde en sus corazones una alegría que no es fácil de describir, tal vez pueda dar una idea de esto lo que uno siente en la vida cuando recibe algo que va más allá de sus expectativas y deseos. La alegría, la verdadera alegría, es siempre inesperada, sorprendente y abre el corazón a horizontes infinitos. En cambio, la alegría, esa alegría deseada y buscada, una vez alcanzada, encierra el corazón humano dentro de los límites de los propios deseos y lo empuja hacia otras aspiraciones que no han sido alcanzadas. Realmente no se regocija aquel que alcanza la alegría planeada, sino aquel que es alcanzado por la alegría nunca imaginada. No es una casualidad que la primera palabra, del saludo del Arcángel Gabriel a María en el momento de su Anunciación, traducida durante mucho tiempo como “*Ave*” o “*Salve*”, signifique en realidad “*Alégrate*”. A la joven esposa prometida de Nazaret, que está totalmente encaminada para cumplir su sueño de amor con José, se le anuncia algo inimaginable, que cambia radicalmente sus planes, sin embargo el

ángel le dice inmediatamente que este anuncio es para su gran alegría. La alegría auténtica siempre trastorna los propios proyectos para proyectarse más allá de las estrechas aspiraciones humanas. Esta es una de las razones fundamentales por las que a menudo miramos el mensaje cristiano con gran desconfianza, como si fuera el enemigo de la felicidad humana. *«Es una convicción de la Iglesia que muchas veces ha sido rechazada, como si fuera enemiga de la felicidad humana. Benedicto XVI recogía este cuestionamiento con gran claridad: “La Iglesia, con sus preceptos y prohibiciones, ¿no convierte acaso en amargo lo más hermoso de la vida? ¿No pone quizás carteles de prohibición precisamente allí donde la alegría, predispuesta en nosotros por el Creador, nos ofrece una felicidad que nos hace pregonar algo de lo divino?”. Pero él respondía que, si bien no han faltado exageraciones o ascetismos desviados en el cristianismo, la enseñanza oficial de la Iglesia, fiel a las Escrituras, no rechazó “el eros como tal, sino que declaró guerra a su desviación destructora, puesto que la falsa divinización del eros [...] lo priva de su dignidad divina y lo deshumaniza”»* (Al 147). Dios no es en absoluto el enemigo de la alegría del hombre, sino que desea, aún más que la criatura humana, poder darle una sobreabundancia de gozo, que abarca todos los elementos de su humanidad, incluyendo el elemento a menudo considerado engañoso por la verdadera alegría, el erótico. El verdadero enemigo del placer sexual, como se piensa comúnmente, no es en absoluto Dios o el Evangelio o la Iglesia. Es el hombre mismo quien, con su debilidad causada por el pecado original, deshumaniza todo lo bello y maravilloso que le ha dado el Creador. Para orientarse hacia el verdadero gozo hay que partir también del propio cuerpo y del lenguaje inscrito en él. En *Amoris laetitia*, el Papa Francisco da a todos orientaciones muy concretas y proféticas: *«La educación de la emotividad y del instinto es necesaria, y para ello a veces es indispensable ponerse algún límite. El exceso, el descontrol, la obsesión por un solo tipo de placeres, terminan por debilitar y enfermar al placer mismo, y dañan la vida de la familia. De verdad se puede hacer un hermoso camino con las pasiones, lo cual significa orientarlas cada vez más en un proyecto de autodonación y de plena realización de sí mismo, que enriquece las relaciones interpersonales en el seno familiar. No implica renunciar a instantes de intenso gozo, sino asumirlos como entrelazados con otros momentos de entrega generosa, de espera paciente, de cansancio inevitable, de esfuerzo por un ideal. La vida en familia es todo eso y merece ser vivida entera»* (Al 148). La tarea principal de la Iglesia es anunciar precisamente la *Evangelii gaudium* (título de la primera

exhortación apostólica del Papa), porque sólo el Evangelio revela la verdadera alegría y educa el corazón del hombre a la alegría misma. *«Dios ama el gozo del ser humano, que él creó todo “para que lo disfrutemos” (1 Tm 6,17). Dejemos brotar la alegría ante su ternura cuando nos propone: “Hijo, trátate bien [...] No te prives de pasar un día feliz” (Si 14,11.14). Un matrimonio también responde a la voluntad de Dios siguiendo esta invitación bíblica: “Alégrate en el día feliz” (Qo 7,14)» (Al 149).* Si el Evangelio revela la alegría al hombre, la familia es la cuna de ésta. Así como todo matrimonio nace del gran deseo de una joven pareja de encontrar en él una plenitud de alegría, del mismo modo fracasa principalmente porque este deseo no se satisface. Paradójicamente todos buscan la alegría en el matrimonio, todos están convencidos de que encontrarán la alegría en el matrimonio, pero muchos, con gran facilidad, naufragan en su pacto marital. ¿Por qué estos fracasos matrimoniales son cada vez más frecuentes? Y ¿se puede decir que un matrimonio tuvo éxito simplemente porque los esposos fueron fieles hasta el final aunque no vivieron su relación conyugal en la alegría del amor? En otras palabras, en el matrimonio, ¿es suficiente la fidelidad matrimonial por sí sola para vivir el matrimonio en su plenitud o es esencial, sobre todo, otra fidelidad mucho más profunda y radical que dé gusto y sabor a la vida conyugal? Ciertamente, hoy en día el número de divorcios y separaciones ha crecido exageradamente en comparación con hace algunas décadas, pero no se dice que los matrimonios del pasado, porque duraron “hasta que la muerte nos separe”, hayan tenido éxito. Tal vez la alianza matrimonial estaba tan espiritualizada y moralizada que nublaba un elemento esencial de su origen. *«En el matrimonio conviene cuidar la alegría del amor. Cuando la búsqueda del placer es obsesiva, nos encierra en una sola cosa y nos incapacita para encontrar otro tipo de satisfacciones. La alegría, en cambio, amplía la capacidad de gozar y nos permite encontrar gusto en realidades variadas, aun en las etapas de la vida donde el placer se apaga. Por eso decía santo Tomás que se usa la palabra «alegría» para referirse a la dilatación de la amplitud del corazón. La alegría matrimonial, que puede vivirse aun en medio del dolor, implica aceptar que el matrimonio es una necesaria combinación de gozos y de esfuerzos, de tensiones y de descanso, de sufrimientos y de liberaciones, de satisfacciones y de búsquedas, de molestias y de placeres, siempre en el camino de la amistad, que mueve a los esposos a cuidarse: «se prestan mutuamente ayuda y servicio”» (Al 126).* ¿Cómo, entonces, preservar y alimentar la alegría del amor en el largo y a menudo monótono e insidioso cauce de la vida conyugal? ¿Es suficiente el

compromiso de ambos cónyuges? ¿Su voluntad y esfuerzo son suficientes para reavivar la alegría en su relación de amor? Estos son los errores más frecuentes que cometen las parejas, haciendo que su relación degenera en condiciones dramáticas y a veces paradójicas. No se trata de una cuestión de voluntad, sino de “espiritualidad de la belleza” que permite al cónyuge captar y apreciar *«el “alto valor” que tiene el otro. La belleza —el “alto valor” del otro, que no coincide con sus atractivos físicos o psicológicos— nos permite gustar lo sagrado de su persona, sin la imperiosa necesidad de poseerlo. En la sociedad de consumo el sentido estético se empobrece, y así se apaga la alegría. Todo está para ser comprado, poseído o consumido; también las personas. La ternura, en cambio, es una manifestación de este amor que se libera del deseo de la posesión egoísta. Nos lleva a vibrar ante una persona con un inmenso respeto y con un cierto temor de hacerle daño o de quitarle su libertad. El amor al otro implica ese gusto de contemplar y valorar lo bello y sagrado de su ser personal, que existe más allá de mis necesidades. Esto me permite buscar su bien también cuando sé que no puede ser mío o cuando se ha vuelto físicamente desagradable, agresivo o molesto. Por eso, “del amor por el cual a uno le es grata otra persona depende que le dé algo gratis”. La experiencia estética del amor se expresa en esa mirada que contempla al otro como un fin en sí mismo, aunque esté enfermo, viejo o privado de atractivos sensibles. La mirada que valora tiene una enorme importancia, y retacearla suele hacer daño. ¡Cuántas cosas hacen a veces los cónyuges y los hijos para ser mirados y tenidos en cuenta! Muchas heridas y crisis se originan cuando dejamos de contemplarnos. Eso es lo que expresan algunas quejas y reclamos que se escuchan en las familias: “Mi esposo no me mira, para él parece que soy invisible”. “Por favor, mírame cuando te hablo”. “Mi esposa ya no me mira, ahora sólo tiene ojos para sus hijos”. “En mi casa yo no le importo a nadie, y ni siquiera me ven, como si no existiera”. El amor abre los ojos y permite ver, más allá de todo, cuánto vale un ser humano»* (Al 127-128). La alegría no es un elemento accesorio que depende de las condiciones de cada familia. Es esencial para la identidad de la propia familia. Cuando la alegría se pierde, la familia entra en crisis o sigue a trancas y barrancas. Se necesita una espiritualidad verdadera y profunda ya que *«la alegría de ese amor contemplativo tiene que ser cultivada. Puesto que estamos hechos para amar, sabemos que no hay mayor alegría que un bien compartido: “Da y recibe, disfruta de ello”* (Si 14,16). *Las alegrías más intensas de la vida brotan cuando se puede provocar la felicidad de los demás, en un anticipo del cielo. Cabe recordar la*

feliz escena del film La fiesta de Babette, donde la generosa cocinera recibe un abrazo agradecido y un elogio: “¡Cómo deleitarás a los ángeles!”. Es dulce y reconfortante la alegría de provocar deleite en los demás, de verlos disfrutar. Ese gozo, efecto del amor fraterno, no es el de la vanidad de quien se mira a sí mismo, sino el del amante que se complace en el bien del ser amado, que se derrama en el otro y se vuelve fecundo en él» (Al 129). Solo de esta manera es posible hacer lo que la lógica humana considera irrealizable, es decir «la alegría se renueva en el dolor. Como decía san Agustín: “Cuanto mayor fue el peligro en la batalla, tanto mayor es el gozo en el triunfo”. Después de haber sufrido y luchado juntos, los cónyuges pueden experimentar que valió la pena, porque consiguieron algo bueno, aprendieron algo juntos, o porque pueden valorar más lo que tienen. Pocas alegrías humanas son tan hondas y festivas como cuando dos personas que se aman han conquistado juntos algo que les costó un gran esfuerzo compartido» (Al 130).

En Familia

Reflexionemos

1. Todos se casan porque sienten una gran alegría hacia el amado del corazón y porque desean realizar con él el sueño de su vida que es la felicidad. ¿Por qué todo esto, que siempre se da por descontado, no siempre se realiza?
2. La alegría del amor en la vida conyugal y familiar ¿es un ideal o una realidad? ¿Cuál es el ideal irreal y cuál es la realidad?

Vivamos

1. La cuestión no es encontrar alegría sino educar a la verdadera alegría. ¿En qué sentido hemos de educarnos en la verdadera alegría y cómo hacerlo?
2. ¿Por qué la crisis conyugal y familiar puede convertirse en la fuente de una gran alegría del amor?

En Iglesia

Reflexionemos

1. Como el Papa Francisco afirma a menudo, la tarea principal de la Iglesia es proclamar la *Evangelii gaudium*, porque solo el Evangelio revela y da verdadera alegría al corazón del hombre. Este anuncio no siempre es evidente. ¿Por qué?

2. Hoy, es más apremiante que nunca una acción pastoral de la Iglesia impregnada de alegría. ¿Qué significa esto y cómo se puede lograr en nuestras comunidades cristianas?

Vivamos

1. Hoy en día, muchos jóvenes tienen mucho miedo a casarse. ¿Qué contribución puede dar la Iglesia para que se pueda redescubrir el gozo del amor consagrado en el sacramento del matrimonio?

2. ¿Qué propuestas existen para que la Iglesia pueda ayudar a las familias a vivir y a experimentar la verdadera alegría del amor?